

Biblioteca y otros lugares que no son solo sitios

JULIO SÁNCHEZ GUERRERO

La biblioteca de mi colegio era mucho más pequeña. También estaba menos solicitada. La de mi instituto también era poca cosa. Aun así, tenía libros interesantes. Dudo encontrarme con algún título en común, tal vez los más clásicos. El Quijote. Cervantes. Lorca. El lazarillo. Las alas del sol. A Gerónimo con su manzana y el Señor de los anillos bajo el brazo. Aquí dudo encontrar Las alas del sol. Miro, tampoco encuentro a Gerónimo con su manzana y el Señor de los anillos bajo el brazo. Tampoco es que esté buscando un libro en realidad. Podría encontrar alguno si quisiera. Historia del cine en España. Poesía moderna. El Incal. Filología. Arte. Historia. No estoy buscando ningún libro en concreto. No estoy buscando ningún libro en realidad. Devuelvo la mirada a los apuntes. Estoy cansado. Está siendo un día largo. ¿Qué hora es? Busco entre los asientos algún compañero al que hacer un gesto sencillo y que pase desapercibido. Que miren mi cara y

comprendan que necesito un descanso. Y no solo que lo comprendan. Que se apiaden de mí. Que me llegue un mensaje de WhatsApp por algún grupo *random* preguntando si ya es hora de un café. Quizás he mentido. Lo acabo de hacer. Puede que esté buscando a Gerónimo con su manzana y el Señor de los anillos bajo el brazo. Quizás lo sigo haciendo.

No encuentro a nadie. Sólo veo caras enfocadas con un brillo en el rostro a veces azul a veces más transparente. El brillo de las pantallas. Suena el tecleo de algún trabajo. Hoy solo tengo que repasar. Citar con APA será tarea de otro día. Del miércoles concretamente. Alguien sube por la escalera. No sé su nombre, pero conozco su cara y su presencia me sabe a algún chupito asqueroso y barato. También estaba en la barra del antro del sábado. Lo recuerdo porque entonces, en la barra, pensé justo lo contrario a lo que estoy pensando ahora. Que me sonaba. Que me sabía a silencio y a café. A hermenéutica y escuela de Frankfurt. Pensé, mierda, aún me quedan tres temas, qué coño hago aquí, pero luego pensé, bueno este tío también está aquí. Y también tiene que estudiar. Y es un euro cincuenta el chupito, una buena oferta. Y es sábado. Eso ya ha terminado. Lo he visto por aquí algunas veces. Luego sube la chica del flequillo. No vienen juntos. La chica del flequillo no tengo ni puta idea de cómo se llama. El otro es Adrián. Nos seguimos por Instagram. Sin embargo, la chica del flequillo seguirá siendo la chica del flequillo.

No decidimos saludarnos hasta el noveno encuentro o así en una misma semana. Nos hemos cruzado también por mi calle. En el bazar de abajo comprando algo un domingo. Al final terminas medio conociendo a la gente de aquí. La que parece que trabaja en la biblioteca. Tanto tiempo compartiendo un mismo espacio que te quedas con sus caras y les pones pequeños motes a falta de un nombre que los identifique. Me pregunto qué nombre tendré yo para ella. ¿Qué es lo primero en lo que se fija la gente al verme?

Uno al fondo se ha quedado dormido. Me hace gracia porque antes estaba chistando a algunas personas que susurraban. La biblioteca no es un sitio para hablar. Aunque parece ser que sí lo es para dormir. Es curioso porque antagónicamente he tenido las mejores conversaciones y risas aquí. Quizás por el estrés y la ansiedad compartida. Esto durante los exámenes parece una barricada. Tenemos que ayudarnos. Durante los exámenes todo son risas flojas. La gente es maja. No todos, porque capullos los hay en muchos lados y cualquiera tiene un mal día porque, joder, estamos de exámenes. Pero la gente es maja. También es más vulnerable por un momento. Acaba de pasar uno, pelo corto. Tampoco sé su nombre. Sin embargo, conozco sus manías cuando estudia. Recita en voz muy baja y si puede estudia en las mesas de los pasillos. Rehúye de la biblioteca. Lo entiendo. Pasea y mueve las manos y recita lo que está estudiando esté donde esté. Se le ve una

persona nerviosa. En la biblioteca en realidad no hay silencio. Esto está lleno de ruidos. De gente diciendo cosas sin querer decirlas. De personas que delatan manías y de recuerdos. Ese otro entró cuando yo estaba en primero. Lo vi el día de la charla para los nuevos en la puerta. Entonces llevaba un bigote característico que ha debido de afeitarse. Lo sé porque Ángel lo apodó el mexicano. Nos lo hemos seguido encontrando, uno que no ha dejado la carrera tampoco. Me pregunto si la estará acabando.

Acaba de subir Sonia. Sonia ni siquiera estudia aquí. Creo que va a otra facultad porque es de Ciencias, pero claro, la casa la tiene cerca de esta biblioteca. Me saluda con la mano y con una sonrisa y dice «hola» moviendo los labios lentamente sin emitir ningún tipo de ruido. Sonia es bastante maja, más maja que el resto porque nos conocemos o eso creo. Es «rpp», de estas personas que conocen a casi toda la ciudad. Coincidimos un par de veces de fiesta. Tengo un recuerdo vago sobre si nos hemos liado o no en alguna discoteca, pero prefiero no preguntar y hacer como que no ha pasado. Sonia es muy maja. Se sienta en una mesa donde antes sólo había una mochila y saca su portátil. Ella también es más de estudiar en los pasillos.

Yo a veces lo he hecho también, pero prefiero estar por aquí. Quizás me gusta más cuando puedo permitirme tiempo para distraerme a solas. Poner alguna

canción de fondo que me guste. Subir una *story*. Escribir algo. Hacer un garabato al final de la libreta. Cuando estudias con alguien estás obligado a estudiar de verdad, por compromiso supongo. Aquí yo llevo el ritmo. Además, es mejor mantener el contacto social en los descansos y así aprovecharlos al máximo. Una vez que echas tantas horas estudiando, el descanso se vuelve agua en el desierto. Y cuando ya es de noche, casi parece más un espejismo. Es como estar borrachos de sueño. Así le dice Ana. Borrachos de sueño. Nuestras mejores bromas las hemos tenido borrachos de sueño. Dentro, en la barra del bar, un boli rojo, un boli azul y un montón de apuntes. Adorno y la Escuela de Frankfurt. La modernidad líquida. La obra hermética. Fuera hay unos gatos que viven ahí, con sus casetas y sus comidas. A veces los miramos dormir plácidamente y los envidiamos. Envidiamos su tranquilidad. El sueño tan profundo. Sin tener ninguna preocupación. Nosotros somos otra cosa. Estamos hechos de otra pasta. De una que lleva muy mezclada con la carne la preocupación. El estrés. Y otras cosas no tan bonitas. Miramos en silencio y por un momento deseamos ser un gato que duerme tranquilo. Ana me está mirando desde su asiento. Tiene una sonrisa boba de estas. Está buscando un cómplice para salir un rato. Definitivamente sigo buscando a Gerónimo con su manzana y El señor de los anillos bajo el brazo. Lo he encontrado. La biblioteca está llena de libros y de otras historias algo más interesantes.

